

Verificación digital para periodistas. Manual contra bulos y desinformación internacional

Myriam Redondo
Editorial UOC
Barcelona, 2018
170 pp.
ISBN. 978-84-9180-129-0



Uno de los daños colaterales de las llamadas *fake news* es la pérdida de credibilidad en los medios periodísticos tradicionales. Si, como indican los sondeos demoscópicos, la ciudadanía está cada vez más expuesta a informaciones falsas, es lógico que la incredulidad vaya instalándose en la mente de los ciudadanos. Según el Eurobarómetro de abril de 2018, el 31% de los europeos asegura recibir noticias falsas cada día, y un 38%, al menos una vez por semana. Algunas prospecciones indican que en 2020 recibiremos más noticias falsas que verdaderas. Por lo tanto, no se trata de un problema puntual ni marginal, sino de una amenaza trascendental para la estabilidad de nuestras democracias. Muchos nos preguntamos cómo combatir las *fake news*. ¿Se debe recurrir a la ley para establecer normas coercitivas y punitivas que mitiguen la proliferación de estos contenidos? Pero, en caso afirmativo, ¿cómo hacerlo sin lesionar la libertad de expresión? También se especula con la idea de implementar controles en la cadena de distribución de contenidos, es decir, poner filtros en las redes sociales, que son el cauce por el que las pseudonoticias se propagan con tanta virulencia. Podría ser una solución, pero ¿cómo poner puertas al campo? Las enormes lagunas legales que

inundan Internet y la proliferación de nuevas tecnologías hacen que, por el momento, esa tarea resulte tan titánica como impopular.

Como todos sabemos, la propuesta de Internet consiste en un modelo de comunicación horizontal entre usuarios. En este modelo, los profesionales de la información han visto suplantada su función social por el llamado “periodismo ciudadano”, es decir, por unos receptores (*prosumidores*) que ejercen de periodistas, pero sin su formación ni su acervo ni sus códigos éticos; es decir, una auténtica bomba de relojería. Dejar el flujo de las noticias en manos no profesionales es el camino más seguro para liquidar nuestras democracias tal y como las conocemos hoy día.

Por lo tanto, haciendo un juego de palabras podríamos pensar que las *fake news* son, en realidad, *good news* para el periodismo. O, dicho de un modo más filosófico, se podría dar la paradoja de que la Red, considerada la causa del fin del modelo de negocio del periodismo tradicional, acabe convirtiéndose, finalmente, en su redentora. La amenaza de la desinformación es de tal calibre y sus consecuencias tan catastróficas, que tanto las instituciones políticas como parte de la ciudadanía han comenzado a sentir la necesi-

dad de auspiciar y cooperar con las organizaciones periodísticas para robustecerlas en su independencia.

Los periodistas, sin embargo, no pueden ser la última línea de defensa. Desmontar bulos y mentiras nos concierne a todos, profesionales y ciudadanos. De esto trata el libro de Myriam Redondo. *Verificación digital para periodistas* es un manual con vocación práctica, no solo descriptiva, que trata de adiestrarnos en el uso de técnicas y recursos digitales para desenmascarar las noticias falseadas.

A nadie se le escapa que, si bien las mentiras o las pseudoníticas han existido siempre, nunca como ahora habían alcanzado tal grado de sofisticación ni semejante velocidad de transmisión. Todos somos susceptibles de ser engañados al navegar por la Red y por nuestras redes sociales; por eso es imprescindible que nos formemos y que actualicemos nuestros conocimientos.

Myriam Redondo utiliza un lenguaje didáctico que logra involucrar a cualquier lector, aun sin ser experto en periodismo o en informática. El estilo pedagógico de la autora está relacionado, probablemente, con su actividad docente, al desempeñarse como profesora de Relaciones Internacionales y de Tratamiento de la información en redes sociales, en las universidades Complutense de Madrid y Francisco de Vitoria.

El manual se divide en doce capítulos breves que arrancan con una introducción a la verificación digital, en la que la autora sintetiza los principios básicos de esta actividad. En realidad, indica Redondo, la verificación digital se fundamenta en el “buen periodismo de siempre al tratar de responder digitalmente a las preguntas qué, quién, cuándo, dónde y por qué” (p. 15). Es interesante este punto de

partida, pues lo digital no debe hacernos perder de vista lo periodístico. Verificar consiste en comprobar y contrastar, que es lo que los buenos periodistas han hecho toda la vida. Como se suele escuchar en las redacciones, “si tu madre te dice que te quiere, verifícalo”.

Las conocidas uves doble del periodismo tradicional articulan buena parte del contenido. Redondo sigue este esquema clásico de la construcción del mensaje periodístico para sumergir al lector en cada uno de sus elementos. Por ejemplo, el quién de la noticia nos lleva a comprobar la identidad de la fuente, que en el entorno digital puede ser un usuario con o sin perfil en redes sociales; cómo investigarlo de un modo sistemático queda descrito en libro (capítulos 6 y 7); al igual que el qué y el cuándo de textos, imágenes y vídeos, con recursos como la búsqueda de metadatos y la geolocalización (capítulos 8 y 9).

Uno de los grandes retos de la inteligencia artificial (que obviamente está llamada a asistir a los humanos en la lucha contra las *fake news*) es dominar el lenguaje natural y llegar a empatizar con el modo de pensar de los humanos. Ciertos casos de noticias falsas fueron en origen sátiras, lo cual nos pone sobre la pista de la dificultad de que un robot llegue algún día a detectar la ironía o el sarcasmo cuando estas son las cualidades ilocutivas del mensaje.

Decimos esto porque una clasificación de las *fake news* no es tan sencilla como a priori pueda creerse. Si lo fuera, ya tendríamos máquinas capaces de detectarlas, y la realidad es que no las tenemos. Este problema también está planteado por Redondo en el capítulo 10, titulado “Por qué. Sesgos y motivación” y el capítulo 11, “Cómo. Bots y análisis de redes”.

La reflexión conceptual consiste en discernir los diferentes tipos de mensajes que, habitualmente, son llamados “noticias falsas”. Todos sabemos que esta expresión entraña dificultades epistemológicas, empezando por el oxímoron que supone atribuir la cualidad de “falso” a un hecho que necesita ser verdadero para ser llamado “noticia”. Además, no es lo mismo la falsedad que la mentira. Ya decía San Agustín que “no todo el que dice algo falso miente, si cree u opina que lo que dice es verdad”. De donde se infiere que mentir conlleva una acción deliberada de engañar.

Myriam Redondo parte de la distinción entre las expresiones anglosajonas *misinformation*, que “equivaldría a información errónea (insuficiente, parcialmente omitida, etc.) y *disinformation* [...] que implicaría cierto propósito manipulador” (p. 131). De la mano de Higgins y Wardle, la autora comparte la “cinta métrica de las mentiras”, que clasifica los tipos de falsedades que irían desde el periodismo deficiente a la propaganda. El ejemplo es sumamente oportuno, pues como Redondo reconoce, nos introducimos en

“algunos aspectos de la psicología humana y sus motivaciones” (p. 132) que trascienden las técnicas de verificación para exigir del usuario cierta capacidad de reflexión y de pensamiento crítico.

El libro termina con una propuesta de recursos y lecturas con las que el lector puede ampliar los conocimientos recibidos. Por la propia naturaleza del contenido, es un manual llamado a ser actualizado cada poco tiempo pues, con toda seguridad, las herramientas digitales explicadas por Redondo quedarán obsoletas en un abrir y cerrar de ojos. No nos engañemos: la alfabetización mediática es una asignatura de evaluación continua. Sin embargo, la amenaza de la obsolescencia no resta oportunidad al libro, que consigue plenamente lo que se propone: un modelo sistemático y científico con el que periodistas y ciudadanos pueden prepararse para afrontar el desafío de la desinformación en la era de las redes sociales.

Ignacio Blanco Alfonso
Universidad CEU San Pablo